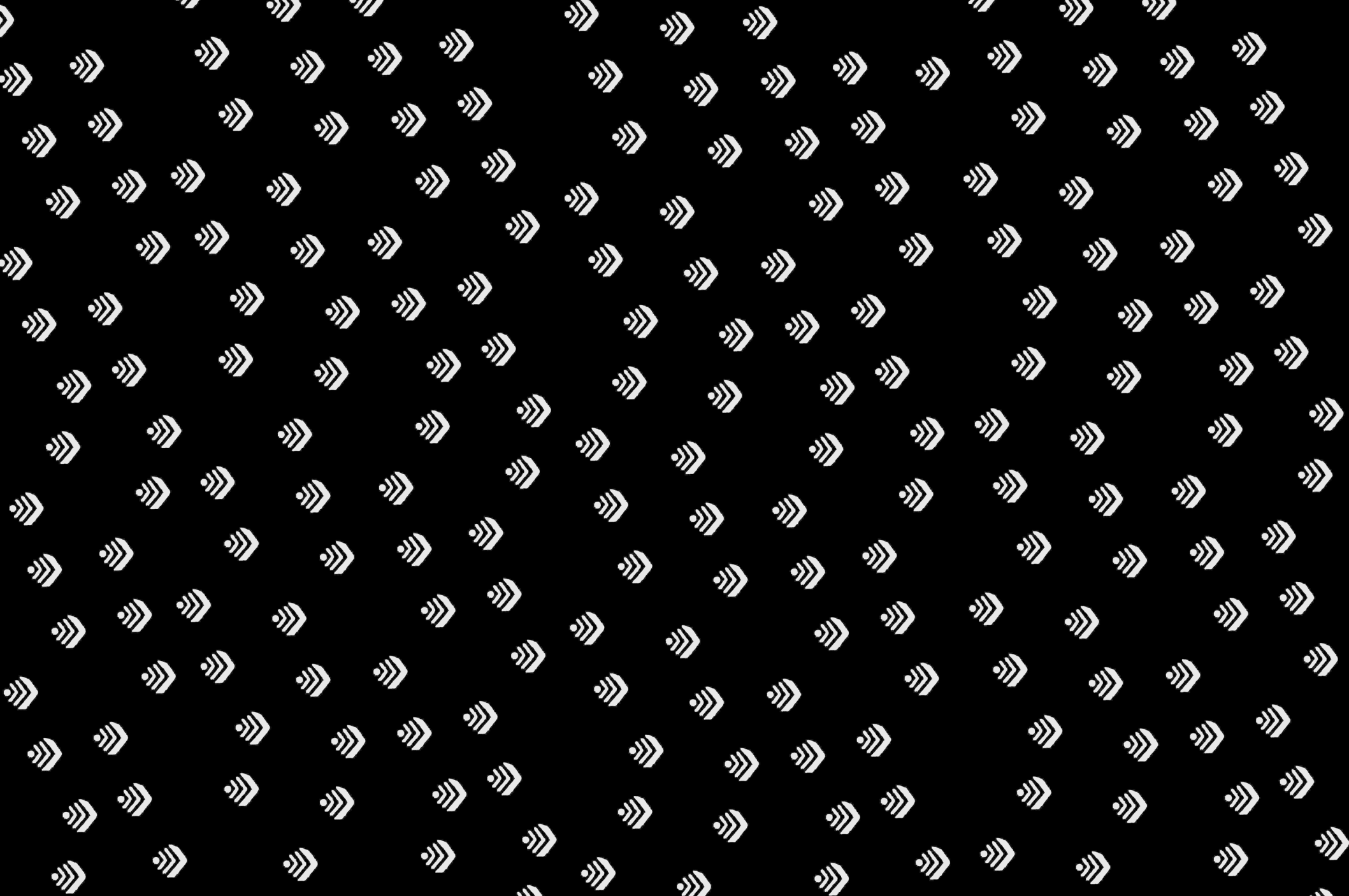


PELOTAS PERDIDAS

» JUAN GUERRA AGUILERA «



**Ediciones
Al Quinto
Bote**



“Pelotas perdidas” es un proyecto de Juan Guerra Aguilera y de Ediciones AlQuintoBote.

Este libro diseñado junto a los sorbeteos del mate amargo en Chilwe , Rilán, en el taller de la **EditorialMatecitoAmargo**.

La edición, el diseño interior, la diagramación y la publicación es parte de las jugadas conjuntas entre EditorialMatecitoAmargo y Ediciones Al Quinto Bote.

La edición de los textos son parte de las gambetas de Jorge Román Ferrando.

El diseño de portada es “culpa” de nuestro amigo Xilotrópico.
@ xilotropico_ en Instagram.

Primera Edición, Junio, 2023 (Ediciones Al Quinto Bote y MatecitoAmargoEditorial);

ISBN 978-956-09836-3-3

Autor Juan Anthony Guerra Aguilera;

Registro de propiedad intelectual N° 1554152023;

Ediciones Al Quinto Bote es una iniciativa editorial futbolera, crítica y autogestionada, que busca apañar a los procesos de resistencias futboleras mediante distintas convocatorias y publicaciones de contenido que nos permita armar jugadas que tensionen al sistema actual y quede boteando para la construcción de nuevos mundos.

A poco más de 3 años del inicio de la revuelta chilena.

Nos encuentras en:

www.facebook.com/editorialmatecitoamargo

www.instagram.com/editorialmatecitoamargo

QuintoBote@gmail.com

*A mi padre Rafael y mi hermano Iván Guerra.
A mis amigos de infancia y adolescencia y a
todas las víctimas de la dictadura*

PELOTAS PERDIDAS

» JUAN GUERRA AGUILERA «

Memoria Futbolera 1a edición: junio de 2023;

Impreso por Pincheira Impresores y Cía Ltda.



Compartir — copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato;

Adaptar — remezclar, transformar y crear a partir del material;

Bajo las condiciones siguientes:

Reconocimiento — Debe reconocer adecuadamente la autoría, proporcionar un enlace a la licencia e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo de cualquier manera razonable, pero no de una manera que sugiera que tiene el apoyo del licenciador o lo recibe por el uso que hace.

NoComercial — No puede utilizar el material para una finalidad comercial.

Si eres de una editorial autogestionada o

ÍNDICE

17
PELOTAS PERDIDAS

35
MANKE

43
PACTO DE SILENCIO

63
NO PELEEN

79
ABANDONO

97
LADRILLO ARDIENTE



PELOTAS PERDIDAS

Vivían cerca de un basural. Esa esquina era un lugar de juegos y aventuras. En verano, no importaba que apestara a basura, animales muertos ni el incómodo latigazo de calor en los cuellos adolescentes. El objetivo final se debía cumplir: subir a los árboles. Encaramarse y construir fortalezas con cartones viejos, latones oxidados y ramas secas. Todo eso era parte del entretenimiento. Los grupos se turnaban: mientras uno subía a los árboles, los otros se quedaban recolectando piedras — no siempre pequeñas— para luego empezar la batalla.

El basural era el mudo testigo de los restos de una vieja casona de adobe derribada por el terremoto de 1970. Solo una larga pandereta de barro resquebrajado y madera separaba el sitio de un mito urbano: Un cité oculto entre ramas, basura y árboles.

En el fondo emergían un sauce y un pimiento. Dos viejos testigos de la otrora refrescante chacra de la comuna. Ahora, los árboles dormitaban en el barro pestilente. Sus anchos y rugosos troncos ocultaban uno de varios secretos: una plancha de lata oxidada oficiaba de puerta hacia el cité del que poco y nada se sabe de sus orígenes. Se comenta en el barrio que sus inquilinos transitan de noche para entrar a escondidas a sus casas por aquella puerta secreta. El murmura en voz baja que ahí hay casas de seguridad para ocultar a quienes huyen de persecuciones de la barbarie dictatorial.

Aquel lugar también era una zona de horror. De vez en cuando, los jóvenes encontraban restos humanos. Los hallazgos se producían tras los llamados a protestas callejeras.

El amanecer, dejaba al descubierto hombres y mujeres baleados. Sin identificación, y desfigurados. Los fallecidos eran apilados en la morgue de Santiago a la espera de un familiar que logre su identificación.

El único que se dejaba ver en ese lugar era el Loco Hugo. Se le podía encontrar sentado y mirando el sol riendo a carcajadas sin mayor sentido.

El exprofesor de castellano y matemática solo estaba disponible para los adolescentes si había que resolver tareas del colegio. Diagnosticado con esquizofrenia, volvía a la realidad cuando encendía un cigarro: solo así podía resolver las tareas de los inquietos vecinos. Eso sí, sin permitirles cruzar la puerta de latón que cuidaba celosamente.

Ese fin de semana no hubo fútbol en la calle: las lluvias impidieron la reunión sagrada de los veinte adolescentes que por horas corrían tras una pelota para hacer el esquivo gol. Eran vacaciones de invierno y la luz del día desaparecía a las cinco de la tarde.

El lunes 13 de julio descampó y el sol logró secar las calles. La reunión del mediodía era en la esquina del basural; los primeros en llegar fueron Mario, Percy y Hernán.

—Qué hacemos —preguntó Mario—. La última pichanga terminó con la pelota en la casa del Duche.

—No tenemos pelotas —respondió Percy—, ya nos gastamos los 30 pesos que cobra don Eulogio en su almacén.

—Subámonos a la pandereta del Duche y veamos si queda alguna pelota medio viva en las ramas del naranjo —dijo Hernán.

El metro sesenta de estatura de los jóvenes les dificultaba alcanzar la cima del muro a dos metros y diez centímetros del suelo. Percy, el más ancho de espalda, sirvió de primer banquillo. Hernán puso sus rodillas sobre su amigo y Mario logró asomar parte de su cabeza por sobre el muro.

—Solo hay pedazos de las pelotas, huesos y una moto vieja —dijo el improvisado espía.

Derrotados, volvieron a la esquina para urdir un plan y evitar que las vacaciones naufragaran en el frío invierno de la dictadura.

En esa esquina vivía un anciano adusto que junto a su perra rompen cada pelota que cae a su patio. Todos los 11 de septiembre iza la bandera chilena y pone en su tocadiscos el himno Los Viejos Estandartes en honor al golpe de Estado de 1973.

El apodo surgió de un rayado en la extensa muralla de su casa, que lo identificaba como seguidor de Benito Mussolini, Il Duche, dictador italiano aliado con el fascismo que encabezaba Aldof Hitler durante la Segunda Guerra Mundial.

—La culpa la tiene el Pata de Fierro —dijo Percy.

- Ese no tiene coordinación en sus pies y siempre termina lanzando las pelotas donde el Duche o reventándolas cuando intenta dárselas de Maradona, agregó Mario.

-Me contaron, que para su cumpleaños le regalaron una pelota y se la podríamos pedir prestada, precisó Hernán.

El Pata de Fierro siempre era el último en ser elegido para los partidos callejeros.

El debate sobre si dejarlo jugar se había zanjado una vez que el barrio se enteró de que su padre huyó de la casa y, de eso, solo había transcurrido un año. Antes, no salía a la calle: don Emeterio le tenía estrictamente prohibido juntarse con los del barrio.

—Esos en nada bueno andan... Todo el día jugando a la pelota o colgados como monos de los árboles —le decía a su hijo.

Esa tarde, Percy, Hernán y Mario acordaron que el Pata de Fierro jugara a cambio de ceder la pelota. Se le debía advertir que moderara su ímpetu para evitar que se rompiera el balón. Evitarlo en el fragor del partido era una buena decisión: los puntetes en las canillas o tobillos inmovilizaban la pierna y luego el cuerpo entero. Los jugadores caían como palitroques al suelo y, sin árbitro mediante, la jugada seguía. Así era el barrio.

El Pata de Fierro llegó a la esquina acompañado de su primo Víctor.

Este llegó en bus desde Arica. Era un adolescente mulato y delgado con pelo rizado y tez color aceituna. La última vez que vio a su primo fue cinco años atrás cuando el Pata de Fierro viajó con su madre al norte para visitarlos en verano. Ambos habían crecido y Víctor era fanático del fútbol. Jugaba en las inferiores del club Deportes Arica. Ahora, el encuentro era en Santiago porque el Pata de Fierro estuvo de cumpleaños. Víctor le trajo un regalo. Una pelota de cuero con cascotes hexagonales en blanco y negro: era una imitación de la pelota Tango, utilizada en el mundial de Argentina de 1978.

El timbre dorado alrededor del pituto de aire decía «Pelotas Ángel Julio», pero en la fantasía de Víctor y el Pata de Fierro era una Tango.

Había pelota nueva y Hernán era el encargado de ir casa por casa a buscar a los jugadores. Su voz no molestaba porque tenía un tono amable. Era el joven con buenas notas del barrio, con ropa limpia y planchada aunque fuera para jugar en el basural.

Percy, Mario y Víctor acariciaban y golpeaban suavemente el regalo del Pata de Fierro, imaginándose los cuatro el estadio lleno como en una final del mundo.

Cuando soltaron el pie, los golpes a la pelota fueron un poco más intensos. Hasta ese momento, el Pata de Fierro había sido muy delicado al tocar el balón y su primo le daba instrucciones.

—Con la parte inferior del bototo. Así no se eleva y le das dirección a la pelota. Dijo Víctor-

El Pata de Fierro se esforzaba para controlar el peso de su calzado con su tobillo y pantorrillas, las que se abanicaban en el aire luego de golpear la pelota.

Hernán cumplió la misión y encabeza el grupo, de a lo menos, quince jugadores para iniciar el partido. En su brazo izquierdo, un distintivo azul que en su centro dice Capitán. Por fin, las vacaciones de invierno terminarían con una pichanga histórica, con una pelota que no era de plástico: una «Ángel Julio», que era casi, casi, una Tango.

Víctor se ofreció como capitán del otro grupo, mientras, Hernán elegía a su equipo.

La pelota estaba en las manos del Pata de Fierro. Ya no fue elegido último, ya no iría al arco: ahora podría jugar de defensa o mediocampo. Pensó que comenzaba a dominar la vida; dejó caer la pelota de su mano derecha y, antes de que tocara el cemento, le pegó con la punta de su bototo. Los cascos negros y blancos giraban y brillaban con el sol de mediodía. La pelota iba a baja

altura y directo a chocar con la cuneta y el cemento de la calle. Sin embargo, el balón tomó una repentina elevación y golpeó en el ángulo recto de la cuneta, tomando una velocidad y altura escalofriantes. El regalo de su primo flotaba en el aire y, atónitos, los muchachos vieron cómo traspasaba el muro de la casa del Duche.

Su perra ladró como señal de la tragedia. Una nueva víctima estaba a punto de caer en sus fauces y a descansar para siempre entre las hojas caídas del naranjo.

La mitad de los chicos arrancó a sus casas gritando: «¡Va a salir el Duche, va a salir con la perra!».

En la cuneta quedaron el Pata de Fierro, su primo Víctor, Hernán, Percy y Mario. En su desesperación por saber el futuro de la pelota, se agruparon para formar una nueva pirámide humana y mirar hacia el patio.

-Está en las ramas del naranjo. Dijo Mario.

Sin embargo, la puerta de la cocina se abrió mientras la perra saltaba para alcanzar el balón. El Duche tomaba en sus manos una escoba, preparando lo que sería el epílogo de la pichanga.

El Duche caminaba con dificultad. Encorvado, sostenía sus casi noventa años con un bastón. Los ladridos de su perra lo ayudaban a identificar los objetos o personas ajenas a su propiedad.

Mario ve al Duche y pierde el equilibrio desmoronándose junto a sus amigos. En el suelo cerraron los ojos para escuchar la muerte segura de la pelota, ya fuera en las mandíbulas de la perra o por el cuchillo acerado del italiano adusto. En los oídos de los jóvenes, resonó la puñalada.

El Pata de Fierro abrazó a su primo Víctor: ya no había regalo ni partido para alegrar las vacaciones de invierno.

A la semana siguiente, entre los pichangueros hicieron una colecta para reponer la pelota.

Había más entusiasmo que dinero y las monedas no alcanzaban para una «Ángel Julio». Se fueron en busca monedas olvidadas en las ferias de la periferia de Santiago. Percy y Mario encabezaban la delegación. Ambos trabajan los fines de semana en las ferias libres de la comuna. Ayudan a instalar los caballetes de madera, las cubiertas y ordenar papas, zanahorias y lechugas. Percy, con notas aceptables en el colegio, se encargaba de poner el precio justo en las pequeñas pizarras negras. Mario, en tanto, llegaba a desarmar los puestos y se encargaba de barrer y dejar ordenada la basura para cuando pasara el camión retirando los restos de frutas y verduras.

Percy y Mario iban a una escuela nocturna. Mientras sus amigos ya estaban en primero medio, ellos a penas lograban aprobar el sexto básico. Compañeros de banco en la nocturna, también se acompañaban en la feria donde sus familias tenían una larga tradición de comerciantes.

En ese trabajo descubren que monedas y billetes se pierden de

los bolsillos y chaucheras de las caceras. El tesoro solo puede ser descubierto por el vaivén de la escoba en el suelo.

Había que recolectar el dinero antes que el camión de la basura llegara. Esa tarde parecía no haber suerte. La escoba y los ojos juveniles no encontraban el botín.

Percy y Mario debieron convocar a sus amigos quienes se suman a la búsqueda de las esquivas monedas. El Pata de Fierro, Víctor y Hernán se unen a la cruzada. De pronto, los exploradores se detuvieron, asombrados, como si evitaran pisar caca de perro. Entre hojas de lechuga arrugadas, manzanas podridas y diarios viejos, había un billete de 500 pesos. El honor fue cedido al Pata de Fierro, quien tomó el dinero y pensó en recuperar su pelota «Ángel Julio», pero no alcanzaba. Pese a ser una mala copia de la Tango original, el balón estaba fuera del alcance del bolsillo de los adolescentes: costaba \$ 1.500. En Arica habría sido otra la historia, porque ahí valía lo mismo que el billete encontrado.

—Tal vez una de goma, de color ladrillo y con millones de lunares en blanco y negro —dijo Hernán—, parece de básquetbol, pero igual nos puede servir. Cuesta como 400 pesos, yo sé dónde la venden.

Los amigos caminaron hasta la Alameda con Ecuador. En aquella bifurcación que surge entre la Universidad de Santiago y el Persa de Estación Central había un pequeño local donde vendían camisetas, shorts, medias, vendas, tobilleras, zapatos de fútbol y todo tipo de accesorios para simular un partido entre profesionales. La tienda se llamaba «Deportes Cotita», en honor

a la hija mayor del dueño, un exfutbolista profesional de segunda división.

La pelota de goma fue adquirida por 350 pesos. El vuelto se lo gastaron en berlines, bebidas y el pasaje en micro para regresar al barrio. Esa tarde, los almacenes y locales de Estación Central cerraron más temprano de lo habitual.

Los cinco amigos tomaron el bus de color celeste y blanco «Américo Vespucio». Les pareció extraño, porque la Alameda no era su recorrido habitual. El conductor les gritó que subieran rápido y sin pagar. Caminaron hasta el fondo, donde el motor sonaba más ronco, donde calentaba las manos y el trasero. Se sentaron y simulaban manejar como el experimentado chofer. No sospechaban que bajo sus cuerpos había un escondite secreto.

Se había pronosticado nuevas tormentas entre las regiones de Coquimbo y Los Lagos. Había sido un invierno de anegamientos en campamentos de la periferia de Santiago, de frío en la gran mayoría de la población y también de una tibia llama de rebeldía sangrienta.

En esa jornada las brigadas rebeldes se enfrentaban con Carabineros y militares. La resistencia dio muerte a tres uniformados y un civil de la policía secreta de Pinochet. Esto desató una cacería en las calles, donde nadie estaba a salvo.

El bus iba raudo, la voz de la radio leía un comunicado de los organizadores donde se calificaba de todo un éxito el llamado a paro nacional. Todos los semáforos de la Alameda le estaban dando verde al bus. Al llegar a General Velásquez, una patrulla

militar lo detuvo. Los hicieron bajar de a uno, los registraron. El oficial a cargo dijo que era una revisión de rutina, que no había que preocuparse. Una voz estridente se oye desde la radio de la patrulla y ordena, de manera perentoria, que detengan a mujeres y hombres jóvenes con “pinta” de estudiantes universitarios u obreros. El militar a cargo miró de pies y cabeza a cada uno de los pasajeros del bus. Golpeó la pelota que sostenía El Pata de Fierro con la punta de su fusil y, luego, les ordenó subir al bus. Lo que no sabía el militar, es que al fondo del bus estaban ocultos los jóvenes y obreros que buscaban. Eran los cabecillas de una barricada en Cumming con la Alameda que terminó con la muerte de un integrante de la Central Nacional de Informaciones (CNI) brazo armado de Pinochet para secuestrar, torturar y asesinar a opositores de la dictadura.

A penas cinco cuadras después y casi llegando a avenida Las Rejas, otro piquete de militares los conminó a bajarse. Los militares eran del Regimiento Los Libertadores y le dijeron al chofer que debía desviarse un par de cuadras porque había un operativo de «limpieza», según el oficial a cargo. A medida que bajaban los pasajeros, les exigieron abrir sus bolsos, carteras y mochilas. «Solo queremos un encendedor», dijo el cabo Castañeda Fernández. A diferencia de su antecesor, el oficial ordenó a tres conscriptos subir al bus y registrar meticulosamente cada asiento.

-nada mi suboficial- dijo uno de los conscriptos.

“Pero cómo van a desaparecer estos comunistas. Si nos avisaron que se habían subido a este bus, murmuró”.

“A ver, voy a subir a mirar yo”.

Castañeda fue directo al fondo del bus. Con la punta de su fusil levantó la base de la última corrida de asientos mientras le indicaba al conscripto que apuntara y abriera fuego a todo lo que apareciera debajo de ese asiento. Castañeda manejó ese bus antes que Carabineros le diera de baja y sabía que en la parte trasera se podían esconder personas. Ordenó que bajaran del bus.

Comenzaron los golpes, patadas e insultos. Los pusieron de rodillas al lado de los adolescentes. Preguntaron por las armas y las bombas Molotov. Todos guardaron silencio. Castañeda mira al Pata de Fierro y le dice:

-no seai como estos comunistas. Se patriota, deportista y no te metas en weas.

Castañeda, con fusil en mano, le indicó que salieran raudos de ahí no sin antes pegarles una patada en el poto a cada uno.

Los cinco jóvenes comenzaron a correr hacia el Poniente de Santiago. A los poco metros sintieron balazos y gritos de muerte. Confundidos, doblaron en la primera esquina, luego se desplazaban en círculos por las calles de Estación Central. Dondequiera que iban, había militares, carabineros y civiles con ametralladoras Uzi, fusiles, revólveres y pistolas de nueve milímetros. Desorientados y con miedo, lograron doblar en una calle larga de tierra y luces de poste al fono. Allí solo habían fábricas cerradas y un kiosko a medio incendiar. Parecía que volvían a la avenida Las Rejas. Caminaron algunos pasos y quedaron espantados: frente a ellos, un grupo de militares

rociaba con bencina a dos jóvenes.

-A este hay que quitarle la cámara de foto porque debe ser espía cubano igual que su amiga- vociferaba el oficial a cargo.

Parapetados tras el kiosko, los jóvenes vieron con estupor la combustión de dos seres humanos bajo la fría mirada de los militares. Los cuerpos comenzaban a calcinarse, los gritos de dolor fueron aplacados por frazadas.

Uno de los oficiales gritó que los fueran a botar a la comuna de Quilicura.

-Allá no los encontrarán. Si es en un basural, mejor-.

-No quiero testigos-, agregó.

-Los sapos y saps hay que matarlos de un tiro. ¡No me importa el sexo ni la edad! gritó.

El miedo paralizó el llanto y la sangre de los adolescentes. El Pata de Fierro, Percy, Hernán, Víctor y Mario agacharon sus cabezas y regresaron buscando la Alameda con la avenida Las Rejas sur. Entre todos protegían su pelota de goma «Deportes Cotita».

Intentaron escabullirse pero uno de los conscriptos los vio.

-¡Allá van unos comunistas, mi suboficial!

-Da aviso a las otras patrullas para que les den balazos, respondió.

Comenzaba la cacería. La patrulla militar recorría calles y pasajes cercanos para dar muerte a los adolescentes.

—¿Cómo vamos a llegar a la casa? —le dijo el Pata de Fierro a su primo Víctor.

—No sé, weón, no escuchaste que nos quieren matar porque vimos cómo quemaban a esos cabros —respondió.

—Estamos casi llegando a la casa. Sienten la hediondes del basural. Dijo Percy.

-¿Y si nos escondemos tras el sauce y el pimientito? Ahí no creo que nos vean los milicos -dijo Mario.

Hernán, entre sollozos sugirió entregarse:

-No hemos hecho nada, no vimos nada verdad chiquillos.

En ese momento, se cortó la luz. Los milicos prendieron linternas y gritaron: «¡Al que se mueva, lo matamos!». Desorientados, los muchachos corrieron en línea recta por la calle, con el corazón agitado en la garganta y la respiración entrecortada. Los disparos ya no eran al aire.

—¡Nos van a matar, nos van a matar! —decía el Pata de Fierro mientras corría con la pelota de goma bajo su brazo. La lluvia era intensa, por las calles corría barro y agua podrida. No parecía haber ni un lugar donde refugiarse.

—Subámonos a un árbol —dijo Víctor.

—No, weón, ahí alumbran siempre los milicos —replicó Mario.

Hernán, entre sollozos, pidió entregarse.

-No hemos hecho nada chiquillos, no corramos. Nos van a matar. No vimos nada verdad?

Hernán opta por correr y zambullirse entre ramas, latas y perros muertos. Los árboles ya no eran seguros para ellos.

Las balas seguían retumbando en los oídos de los jóvenes. Solo el basural podía salvarlos. Mientras corrían pensaban en sus mamás.

El Pata de Fierro y sus bototos de punta metálica se hundían cada vez más en el barro. Sus tobillos se inmovilizaban entre el miedo y la humedad de la noche. Víctor se orinó en los pantalones y, arrodillado a la sombra del pimientito, se escondió de la balacera. Los militares dispararon a matar. Percy y Mario se arrastran buscando la puerta de lata.

Los militares ya identificaron al Pata de Fierro. La patrulla se detiene en medio del basural. El foco ilumina la espalda del adolescente. El Pata de Fierro llora, y suplica que no lo maten. Por primera vez suelta su pelota y levanta sus brazos en señal de rendición.

-Es un niño, dice un conscripto.

El oficial a cargo ordena disparar.

El Pata de Fierro cae el barro y muere entre el hedor y su pelota.

Víctor no quiere mirar. Sabe que su primo está muerto y el siguiente puede ser él.

Hernán vomita en su ropa, mientras los gusanos del perro muerto que lo cubre se le cuelan en su pantalón.

Los militares siguen de largo y alumbran el rostro color aceituna de Víctor. Esta vez fue un balazo directo en su frente suena en medio de tormenta.

Hernán grita y los militares separan las ramas y perros que lo cubren. Le sigue una ráfaga de Uzi.

Mario y Percy se arrastran en el barro podrido, se cortan manos y ropa con los escombros y fierros esparcidos como barricadas antes de llegar a la puerta de lata.

—Tenemos que llegar a la puerta —

-Ya mataron a los chiquillos- dijo llorando Percy.

-Dicen que ahí vive gente, ahí nos podemos salvar- murmura Mario.

Pero la puerta no se abría.

Los disparos rompían la corteza de los árboles y la puerta de lata no se abría.

De pronto, una mano se asomó por el delgado filo del metal oxidado. Era el Loco Hugo y su cabeza despeinada.

—Rápido, antes de que el agua y el barro vuelvan a bloquear la entrada —les dijo—. Corran por el pasillo y se meten en la puerta rota donde vivo. Ahí me esperan hasta que se vayan los milicos.

De su boca salía el vaho con olor a cigarro, alcohol y años de soledad.

Percy y Mario corrieron sin parar hasta entrar a la pequeña casa de su salvador. Ya no importaba la pelota de goma que quedó atrapada en el basural pestilente, ni hubo tiempo para llorar. El alba les devolvería a sus amigos muertos.